

Láutaro Yankas

## TEMAS BARBAROS

### I

**C**CORTAS y rígidas, musculosas y toscas, talladas en bloque de barbarie, estas vendedoras araucanas, que de mañana invaden los pueblos de la Frontera, ponen en los ojos del viajero un gesto de insu-misión pintoresca, la inquietud excitante de la tierra legendaria, extraña y robusta.

Vienen de los campos cercanos, a veces de los confines de la región, caminando a pie descalzo o sobre caballejos serranos, con sus redondos chaihues de fino trenzado, sus ristras de ajo o de ají, sus botijas de roja arcilla. Metidas en el burdo chamal negro orlado de rojo, la cabeza realzada por el plateado trarilonco y por los aretes macizos, los ojos oscuros y vivos bajo el ala terca de la ceja, estas mujeres morenas, núbiles, maduras o viejas, de bocas tajadas y romas narices, se adueñan, poco a poco, de las calles con su menudo andar silencioso y sus voces guturales.

La rigidez de sus cuerpos enfundados en el chamal y la simetría de sus movimientos simples y breves, recuerdan, bajo los cielos airosos de la tierra sureña, los viejos motivos murales de la decoración egipcia. Son cuerpos sometidos a la primaria simetría del monolito, del cacharro y de la momia.

Sin embargo, la burda apariencia de estas mujeres no ha extinguido en ellas la gracia eterna. Bajo el entrecejo oscuro, alumbra la humildad tentadora de la hembra, y la boca gruesa y sensual sabe plegarse en temible sonrisa de encantamiento. Tienen en su apariencia inmóvil una vivencia inquietante de ídolos, vivencia encendida en la dulzura esclava y sufrida y en la terrible fuerza de los ritos inviolables.

Ellas no bajarían al pueblo, que las desprecia, si no hiciera falta en la ruca aquello a que la ciudad las acostumbró. Los quehaceres las llaman de la mañana a la noche, en el rancho de quinchá y en la vega, donde hay que ayudar al marido y a veces reemplazarlo. En la ruca, el telar aguarda las manos hábiles que comenzaron el chamanto vistoso.

Es preciso tener tiempo para todo. Así, desde el amanecer, estas mujercitas de austero perfil están trahinando por los caminos con el chaihue lleno de frescos dihueños. Han debido salir la tarde anterior a cogerlos a la montaña, en los altos troncos de los robles.

Llevan al pueblo, a más de uno o dos pesados chaihues, las ristras de ají rojo oscuro, y si es preciso, el crío sobre la espalda fornida y hombruna. No siempre hay una carpeta para el viaje, ni un mal caballo. El camino es largo y el invierno lo estropeó. La china lo conoce, su cuerpo se endureció en andarlo desde niña, pegada al chamal de la madre o a la manaza del padre que se iba a los bodegones del pueblo. Su pie se aplanó de batirlo. Es preciso vencerlo con la nueva carga. Apenas el sol raya, la cabeza encintada y el chamal negro se recortan en la acuarela roja, verde y pajiza de los campos, sobre el sendero montaraz que lleva hacia la esperanza.

A veces el pueblo tiene una cara de presagio y las mujeres de ambulan sin provecho. No han vendido gran cosa. Vinieron muchas de todas partes y lo que

traen es siempre lo mismo: el dihueño, la avellana, el ají...

Otros días la villa las atrae con su cielo ardiente y su caserío apretado y bullidor. La indiada viene dispuesta al festejo y al goce. La alegría sube de la tierra en suave y capitoso vapor. Las vendedoras, modosas, cantan su mercancía de puerta en puerta. Conducidas por robustos mocetones de cara cobriza y gruesos pómulos, recorren el pueblo las graciosas carretas montañesas. Bajo el toldo de lona gruñe una pareja de cerdos o se agita un loto de pavos y gallinas. En un rincón se recuesta una india joven. El pueblo parece una feria.

Al anochecer, en lugar de la mercancía matinal, los chaihues van bien provistos de preciosos productos: el azúcar blanca, la harina inmaculada, la yerba mate, el lienzo y el percal. Las chinas vuelven en grupos a los ranchos. En las carretas no falta, a la vuelta, la damajuana de vino turbio o el botellón de aguardiente... El hombre dormita tendido bajo el toldo, la china se mantiene rígida, sentada a su lado, animando de tarde en tarde a los bueyes, que caminan confiados en medio de la noche.

## II

### RAZA ESPECTRAL.

De niño, cuando mis ojos se dilataron, ansiando remontar los cuatro horizontes de la vida, y el mañana era recamada y cálida leyenda, los ví, vaciados en arcilla oscura, con sus aderezos de plata labrada, el gesto rudo e inmóvil, sobre los dispersos telones de la tierra nativa. Mi talla de juguete les dió altura de gigantes, plantados delante del cielo, sobre sus pies planos y fuertés de bárbaros, dueños de una pujante historia. Caupolicán, Colo Colo, Talcahuano, ciñeron

con sus brazos el cielo divino de mi infancia y la raza desnuda me trazó un camino de altivez y de lucha.

Ya mozo, proyectando al mundo mi rebeldía adolescente, el indio mordió las luminosas imágenes, fundidas en sol y en sangre, que crecían en la cumbre de mi alma, y un ser desconocido, como el espectro conjunto de la rebeldía, la justicia y la gloria, se introdujo, mudo e idílico, en mis torreones de leyenda. Días hubo en que lo grandioso e insólito intentó fulgurar en la plata del trarilonco o en las grecas y cruces del trariwe, mientras mis ojos precoces, dueños de la verdad y la amargura, vislumbraron el triste destino indígena, la realidad del fantasma.

Ahora, el hombre, que cabalgó con ávido deslumbre la trayectoria de la raza, añora la total emoción de las imágenes pretéritas, éstriadas de combates y de justas, de malones y de asedios, de gritos oscuros y trágicos; en ellas el indio de Ercilla cruza los anchos espacios con su voz más mortífera que su lanza y su pecho más erguido que su puño. ¡Quién puede cambiar lo legendario por lo cotidiano, ni la leyenda renueva el grato sabor de lo que nunca ha sido, de lo inasible y etéreo, de lo que es imagen en raudo vuelo de eternidad!

Porque mi paso vagabundo los ha encontrado a lo largo de la tierra nativa, en constante realización del espectro que albergó mi adolescencia huraña y vidente. La última ráfaga romántica huyó ayer, delante del indio mendigo que me tendió la mano por una moneda, trocable en vino y pesadilla.

Los he visto, sin esperanza, en las altas lomas de Nahuelbuta, tallados en el viejo pellín de la selva circundante, con inmortal paciencia de ídolos, mientras el arado rompe la tierra pedregosa, sembrada de fatiga y de recuerdos. Los escuché en las negras horas invernales de la ruca, cuando el aguacero traspasaba la quincha, y el fuego ardía bajo la oleta de la pitán-

za. Los he sentido, como se siente la pesada masa del cadáver aun tibio, a la vera del rancho, cerca del cántaro de muday o de vino, ración bebida en la total embriaguez. Los he visto descargar el puño bestial sobre la hembra quejosa que tarda en acercarles el oscuro vino, mientras la tierra espera el noble tesón de su brazo, en las lomas doradas por la mies, en las vegas acabadas de madurar.

Los caminos del sur me los mostraron en su pintoresco desamparo, envueltos en el chamanto roído, el pie desnudo, el ceño terco e insensible, la voluntad trocada en larvaria porfía de vivir. Todos los caminos soportan su peregrinaje, cuya meta es el vino, el sueño y la muerte, sin orgullo y sin pujanza.

Las carretas que regresan a la loma, desde el pueblo, los llevan convertidos en fardos malolientes, dormidos y babeantes. Los bueyes, habituados a las caminatas de muchos días, rumían el cielo y las distancias. Lejos, las mujeres, en la dura ausencia del hombre, abrieron la tierra, sembraron el grano y la trágica esperanza. En la estación propicia, habrán cosechado el grano y la esperanza, rumiando con la mansedumbre del buey, el pienso, hecho montaña, de la pobreza, de la ausencia, y del miedo amante.

Los he visto en la urdimbre vocinglera de los millatunes, con sus arreos vistosos, conmover la fiera claridad del cielo, el alma vuelta al pasado inasible, ardiendo en las fuerzas ancestrales ante el mal de la tierra agotada por la sequía.

Los he visto danzar al compas del cultrún, junto al pariente enfermo, para ahuyentar el mal incurable que postrara su cuerpo robusto.

Talla baja y maciza, hecha de robles trozados, cabeza de epopeya, ojos humedecidos por el vaho y el fragor de los combates, pueblo guerrero, eres ahora raza espectral, encendida en alcohol y miseria. Nadie

te enseñó la nueva vida del mundo y ya no sabes ser más que pueblo agonizante.

Raza vencida, no sabes siquiera llevar sobre tus anchos hombros, la leyenda magna de tu historia. Y no tienes la culpa.